

dulce aroma de la madreSelva, que subía hasta el muro en verdes y flexibles espirales.

—Aquí tienes un pequeño y pobre nido,— dijo Susana con radiosa sonrisa:—al lado de tu lecho hay una campanilla, con la que podrás llamar á Juana cuando la necesites; te dejo por breves instantes, muy pronto vendré á buscarte; mi amada Elena, no vayas ahora á molestarte con una *toilette* muy esmerada, porque tenemos que ir á recorrer los bosques y á visitar toda la casa.

Madama de Rivière hizo á Elena un gracioso ademán de tierna despedida y salió con su paso ligero y casi infantil; Juana la siguió y Elena quedó sola en aquella habitación tan alegre, tan llena de luz y de sol.

Un impulso de irresistible curiosidad la llevó á la ventana, desde la cual vió un hermoso jardín lleno de flores y de frutas, donde trabajaban muchos jardineros; oyó á lo lejos vagos mugidos, rumores confusos y los mil ruidos diversos de la vida del campo.

Esta calma, esta dulce serenidad, hacían tal contraste con los pensamientos que llenaban el alma de la joven parisién, que se retiró al fondo de la estancia, se dejó caer sobre una silla, cruzó con desaliento sus manos sobre las rodillas y echó á llorar.

Susana volvió, según había ofrecido, á buscarla al cabo de breve rato, y á la primera mirada comprendió que había llorado.

—Mi querida Elena,—le dijo abrazándola,—tú tienes algún pesar, no estás alegre como

otras veces. No te consolaré, si tú no lo deseas; por lo pronto, solo trataré de distraerte... las confianzas de tu parte vendrán después; vamos á desayunarnos, y procura, te lo ruego, no estar triste delante de mi marido, porque creerá que no te hallas bien en nuestra modesta casa.

Madama d'Emery alisó sus hermosos cabellos negros, se puso, ayudada de Susana, un sencillo traje de muselina y ensayó una sonrisa que animó algún tanto sus encantadoras facciones, pero sin poder alejar de ellas la densa nube de tristeza que las velaba.

## VI

El desayuno estaba servido en un gran comedor con antiguos muebles de encina. La mesa se había colocado cerca de la ventana que caía al jardín; el canto de los pájaros y el perfume de las flores llegaba hasta los convidados, y monsieur de Rivière se manifestaba alegre, afectuoso y solícito.

Susana hizo cuanto pudo por comunicar su alegría á Elena; acabado el desayuno, madama de Rivière fue á buscar un delantal y un par de pequeños zuecos colocando triunfalmente el primero en la cintura de Elena, y obligándola á que se calzase los segundos.

—Aquí no estamos en París.—le dijo.—preparate á ver cosas extrañas para tí; tal vez esto no te divertirá mucho, pero al menos te garantizo la novedad.

Diciendo estas palabras abrió una puertecilla y condujo á Elena á un gran patio, en el que estaban los almacenes de forrajes y de provisiones. Dos criados cribaban cebada; otros escogían los granos; todos, en fin, se hallaban ocupados.

Susana tomó una gran cantidad de grano y puso otra igual en el delantal de su amiga; después abrió otra puerta, y se hallaron con otro patio más extenso y más poblado; estaba tapisado de hierba, y en ella las gallinas, los pavos, los gansos y los ánades se paseaban con gravedad en amigable compañía; pero al oír la voz de Susana acudieron todos piando y graznando, pidiendo en desatada alegría su almuerzo. Elena, á pesar de su dolorosa preocupación, no pudo menos de sonreírse al ver aquel enorme batallón alado, que volaba, gritaba cloqueaba y se atropellaba en pintoresco desorden para llegar más pronto.

Visitaron después los bastos establos, en los que brillaba el más minucioso aseo. Había doce, y Susana le mostró con una especie de

orgullo las hermosas vacas normandas, que amamantaban á los jóvenes becerros; los corpulentos carneros, las ovejas con sus corderillos y, en fin, una numerosa república de conejos.

En aquel instante sonó una enorme campana, y de todas partes acudieron los habitantes de la quinta.

—¡Cuanta gente,—exclamó Elena,—¿De donde vienen?

De sus trabajos,—respondió madama Rivière.—Dentro de un instante se hallarán sentados en la mesa y nosotras iremos á verlos. Has de saber que Luis asiste todos los días á su comida de la tarde para ver si les falta algo; yo acompaño á mi marido á presidir su mesa; pero entretanto que se colocan en sus sitios,—prosiguió madama Rivière,—entremos aquí.—Mira, querida Elena, dos carneros de una especie muy rara; observa esos magníficos bueyes, que bien pueden llamarse masas de manteca; estos animales van á hacer muy en breve un viaje á París; sin embargo, nuestros hermosos productos se hallan en la caballerizas que has apercibido al llegar al patio de entrada; tú verás los caballos; Luis, que es en esto gran inteligente, nos acompañará y te explicará la genealogía de estos nobles animales; no has concluido aún tu revista de inspección, y no creas que hemos de dispensarte de ver nada.

Las dos amigas pasaron después algunas horas en el jardín, visitando los cuadros de flo-

res y sentadas á la sombra de un hermoso castaño de Indias, donde aspiraron los penetrantes perfumes de la tarde.

Elena se sorprendió de la rapidez con que había pasado el tiempo, al oír la campana que había avisado para la comida; las dos jóvenes se encaminaron al comedor, donde la sopa estaba servida; pero monsieur Rivière no se hallaba allí.

—¿Dónde está mi marido?—preguntó Susana sorprendida.

—Se halla en las caballerizas con monsieur Morand,—respondió la anciana sirvienta.

Un instante después llegó monsieur Rivière; la alegría resplandecía en su semblante, corrió á su mujer y la besó en la frente.

—¡Buena noticia, Susana mía!—exclamó,—monsieur Morand se ha decidido al fin y acabo de hacer una venta mucho más ventajosa de lo que yo esperaba. Además ha prometido enviarme mañana á uno de sus amigos, que necesita dos buenos caballos de tiro.

Dicho esto, abrazó de nuevo á su esposa como para asociarla á su contento.

Una nube obscureció la hermosa frente de Elena, y una profunda tristeza se reflejó en sus abatidos ojos.

¡A la mesa!—dijo Susana, á cuya perspicacia no se ocultaba lo que pasaba en el corazón de su amiga.—Elena está algo fatigada y debe tener apetito.

—Madama d'Emery no pudo comer é hizo un heroico esfuerzo para contener sus lágrimas

durante el tiempo que estuvieron en la mesa.

—Luis, amigo mío, te dejamos,—dijo Susana levantándose, apenas servido el último plato; veo que Elena no se siente bien y necesita retirarse á su cuarto; voy á acompañarla; acaba de comer con sociiego y no pase pena por nosotras, que así que la deje acostada y tranquila yo volveré á buscarte para pasar la velada á tu lado.

No bien se hallaron solas las dos jóvenes—Elena, dando rienda suelta á su llanto, se arrojó en los brazos de su amiga.

—¡Ah!—exclamó ella entre sollozos,—esto es espantoso! ¡la vista de tu felicidad desgarró mi corazón, porque me trae á la memoria toda mi desgracia! ¡oh, mi querida Susana! ¡por qué me casé con monsieur d'Emery! ¡funesto amor el mío, ó mejor dicho, funesta vanidad! ¡cuán amargos frutos ha dado, y cuán hermosos y benditos son los de tu modestia!

—¡Elena mía,—dijo madama de Rivière tomándole dulcemente las manos;—tranquilízate, cuéntame tus penas y tal vez te haga yo comprender que exageras un poco; habla y deposita tus dolores en el pecho de tu amiga.

—¡Ojalá que exagerase, Susana!—murmuró madama d'Emery con desaliento;—pero no, ¡mi desgracia es demasiado cierta! Oye, y juzga de mi desesperación.

Fuí dichosa los dos primeros meses que siguieron á mi enlace; de repente, Eduardo se volvió descontentadizo é irritable; yo se lo hice notar y me respondió bruscamente que yo

no sabía la agitación que daban al espíritu los negocios, que no me ocupaba más que de diversiones y de galas.

Esta dura respuesta, esta inesperada reconvención me dejaron helada; le encontraba intransigente, violento, arrebatado y cruel, y esto me hizo una sensación tanto más dolorosa, cuanto jamás lo había imaginado bajo aquel aspecto.

Desde entonces no ha vuelto á ser el mismo, Susana; no puede traspasarse la valla del decoro en el matrimonio; hay palabras que jamás deben pronunciarse en él; mi marido se ha ido volviendo cada día más grosero, y ha llegado el caso de que no me atreva á dirigirle la palabra bajo ningún pretexto.

¡Juzga de mi pesar! Mi madre se ha apercebido de mis penas, me ha instado para que se las confie, y no he podido resistir á sus ruegos; para una madre no se tiene secretos, y además á nadie como á ella podía confiar mis pesares.

Poco tardó mi padre en saber mi desgracia; reconvino á Eduardo y éste recibió muy mal sus palabras; mi padre, irritado, salió de mi casa y no ha querido volver, Eduardo me ha echado la culpa de todo esto, y durante el último mes apenas lo he visto dos veces.

Entretanto, gasta más que nunca, compra magníficos caballos, en los que cada día dá largos paseos; cuando vuelve es para vestirse, y almuerza en el club, donde pasa el resto del día; por la noche asiste á los bailes y á los teatros sin mí: yo voy á todas partes sin él y

acompañada de mi madre.

Hace algunos días que deseaba pasar el estío en Wiesbaden, y que para esto necesitaba una crecida suma; entonces, mi querida Susana, el hombre distinguido y elegante, el galante y enamorado esposo, se entregó á arrebatos de cólera de que se hubiera avergonzado un cochero; me echó en cara una multitud de cosas que yo las creía muy naturales; me acusó de derroches, qué sé yo. Todo aquello comprendí que era un espantoso caos de miserables pretextos para privarme sin duda de un placer que yo acariciaba desde hace largo tiempo.

En fin, para colmar la medida de mis sufrimientos, me ha hecho saber que acababa de perder cuarenta mil francos en una falsa especulación que había intentado en la Bolsa, y que debía abstenerme de esos viajes inútiles que ocasionaban grandes dispendios.

¡Figúrate, Susana, cuánto habré llorado! Rogué, supliqué que me dejaran ir con mi madre, pues de esta suerte serían mis gastos mucho menores... todo ha sido en vano y ha permanecido inexorable.

—*Me veo obligado á permanecer en París por mis negocios, me ha dicho, y quiero que permanezcáis á mi lado: en cuanto á vuestra madre pues desea salir de París, buen viaje.*

Desgraciadamente, mi madre partió sin que yo lo supiera; quizo ahorrarme el dolor de la despedida, lo que sentí en el alma, pues me hallaba muy decidida á desafiar semejante tira-

nía y á partir con ella. Sola ya, querida Susana, me acordé de tu amable carta y me he venido sin prevenirlo á mi marido.

—¡Cómo!—exclamó asombrada Susana,—¿nada sabe monsieur d'Emery de tu viaje? ¿Ignora que estás aquí?

—¿Y qué le importa?—dijo amargamente Elena.—¿Acaso me tiene ya en algo? ¿Acaso se ocupa de mí?

—¡Ah, Elena!—repuso dulcemente madama Rivière.—Tú estás resentida con él, eres injusta, y de este modo no esperes atraerle al buen camino; reflexiona que él por sí solo jamás será razonable, si tú no le das el ejemplo. Vamos, querida mía, es preciso que mañana mismo escribas á tu marido diciéndole que estás aquí, que reconoces que has obrado muy mal en venir sin decírselo... en fin, no tengas pena, que la carta la escribiremos entre las dos, aunque vaya sola de tu mano.

—¡Oh, no, seré yo la primera que ceda! ¡El que es culpable, es quien debe pedirme perdón.

—Mi pobre amiga,—repuso Susana con acento grave y triste,—veo que si eres desgraciada es por tu culpa, y si obras así, preveo para tí una larga série de pesares. Bien veo que tu marido es culpable, pero tú tampoco tienes razón: sin embargo, escucha: sé dócil á mis consejos y todo se puede aún arreglar. Luis me decía esta mañana que esperaba á que monsieur d'Emery vendría á buscarte y que él tendría mucho gusto en conocerle; pues que mi

marido va con frecuencia á París, prométeme escribirle al tuyo una carta que le obligue á venir aquí á lo menos por ocho días, que no creo que por eso hayan de padecer sus negocios; además yo te garantizo que cuando Luis vaya á París, él le proporcionará muchos, porque tiene allá muy buenas relaciones.

—¡Ah, cuán buena y encantadora eres!—exclamó Elena sin poder reprimir sus lágrimas y abrazando á su amiga,—sí, yo escribiré á mi ingrato esposo y lo haré sólo por tí. ¡Cuánto mejor que yo has escogido tú marido y cuanto más dichosa eres! Y yo que te compadecía, que me burlaba de tí! ¡Cuanto me ha cegado la vanidad y qué desdichada me ha hecho!

—Elena mía,—repuso Susana estrechando las manos de su amiga,—no llores; eso que llamas tú gran infortunio, tiene remedio; todo consiste en mil pequeñeces que levantan una negra montaña en el horizonte conyugal. Vivid á nuestro lado algunos días tú esposo y tú y aprenderéis la ciencia de ser dichosos, que consiste en contentarse con poco y no ambicionar más de lo que se posée, y en una mútua y amable tolerancia.

## VII

Madama de Riviére se separó de su amiga y bajó á encontrar á su esposo; le halló en el jardín y paseándose, según cada tarde tenía de costumbre, en una larga calle de tilos.

Monsieur Riviére pasó el brazo de su mujer bajo el suyo, y entabló con ella una de esas dulces conversaciones de los esposos que se comprenden y se aman; le habló de la hermosa tarde que hacía, de lo feliz que aquel día había sido, de las ventajosas ventas que había llevado á cabo, pero al ver que Susana no le respondía, la miró y la halló abatida y triste.

—¡Susana!—exclamó.—¿Qué tienes? ¡Ah, ya lo adivino! Tu vienes de hablar con tu querida parisién, la conversación habrá versado sobre bailes, teatros, conciertos... y esto te habrá entristecido. Pues bien, Susana, mia, yo te llevaré en mi próximo viaje y estarás tres ó cuatro meses en París. ¿Es esto lo que deseas, estás contenta?

En aquel instante mismo, un grillo oculto en la hierba dejó oír su triste y monótono canto

—Escucha, amigo mío,—dijo Susana,—escucha al grillo que se encarga de responder por mí, y que repite la dulce lección del fabulista.

*Cuesta muy caro el brillar en el mundo; para vivir felices es preciso ocultarse.*

FIN.

